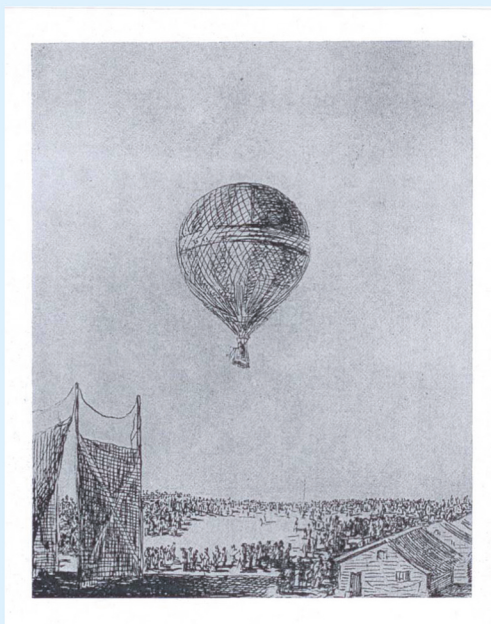


LAS CRISIS DE BABIA



Pedro M. Hurtado Valero

Colección ENSAYO



LAS CRISIS DE BABIA

Pedro M. Hurtado Valero

LAS CRISIS DE BABIA

Ensayo



Las crisis de Babia

© Pedro M. Hurtado Valero

© Editorial: Vision Libros

Calle San Benito, 21 Local

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware, S.L.

ISBN: 978-84-9886-972-9

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Noelia Carretero
noelia@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribución de publicaciones. C/ Magnolias, 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

PREFACIO	11
I. CRISIS DE FE	15
1. La alegre economía	15
2. Negocio y fanatismo	21
3. fffffff... ¡Plaf!	28
4. El chivo expiatorio	31
5. Pirámides fiduciarias	34
II. CAMINO DE SALVACIÓN	39
1. Pavoneos capitalistas	39
2. La avaricia virtuosa	42
3. La prueba de la fe	45
4. Ortodoxia y herejía	51
5. Mercado providente	58
III. COME Y BEBE, OH ALMA MÍA	63
1. Fábrica de anhelos	63
2. Dichosos quienes... ..	68
3. Hedonismo y ascetismo	73
4. El dinero/espíritu	77
5. Empresas para héroes	82
IV. CRECED Y MULTIPLICAOS	87
1. Gestión de poblaciones	87
2. Nosotros, los finolis	92
3. Transfusiones sanguíneas	96

4. Los alimentos terrestres	100
5. Cuerpos gloriosos	104
V. CON EL SUDOR DE TU FRENTE	111
1. Los trabajos y los días	111
2. Los nuevos marginados	115
3. Disciplina productora	119
4. Viejas luchas de clases	125
5. Aquellos proletarios	129
VI. TIERRA DE NADIE	135
1. Las fronteras borrosas	135
2. El capital ecuménico	137
3. ¡Pobres patrias!	141
4. Guerra y paz	145
5. Los nuevos ciudadanos	151
VII. LAS VERDES PRADERAS	159
1. Desde la gente a la masa	159
2. Dinámica de modas	164
3. Índices de audiencia	169
4. Apacienta a mis corderos	173
5. Con pelos y señales	177
VIII. OBRAS DE CARIDAD	185
1. Los pobres de la tierra	185
2. Redentores del mundo	189
3. El mercado justiciero	192
4. El buen samaritano	196
5. De aquí al Paraíso	200

IX. LA CAÍDA DEL IMPERIO	207
1. Europa, Europa	207
2. La unidad nostálgica	211
3. La dicha del marasmo	215
4. Choque de civilizaciones	218
5. La huida de los dioses	223
X. LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS	229
1. El fin de la Historia	229
2. Aventuras pensantes	232
3. Violencia y mansedumbre	237
4. Sumisos con causa	243
5. El horizonte cortado	249
EPÍLOGO	253

PREFACIO

—Nos han tocado tiempos difíciles —comenta uno de mis contertulios, desde hace décadas, en la copa de media tarde.

—¿Difíciles? —respondo—. ¿Acaso hemos atravesado una guerra?, ¿hemos sufrido alguna racha de hambrunas?, ¿hemos soportado persecuciones (tras la muerte de Franco), restricciones de gasolina, bautismo obligatorio, peste bubónica o derecho de pernada? Amigo mío, nos ha tocado vivir tiempos fáciles.

En una época de días fáciles cualquiera escribe sobre cualquier asunto, acostumbrados a oír hablar de todo y a los mismos en esta cultura de pensamiento fácil. Hay expertos en entender de todo ante una masa que lo deglute todo sin masticar apenas, a veces con desconfianza que nunca alcanza el descreimiento, sin embargo. Es que, en democracia, cualquiera opina sobre cualquier asunto gracias a un régimen de libertades en que todos pensamos de diverso modo para poder pensar de parecida forma. La razón se pone, pues, de mi parte cuando, sin dominio para hablar de nada, decido hablar de lo que oigo, diciendo lo que está dicho, con la ilusión de que una chispa de azar diga algo inédito. Hablaré (¡qué remedio!) sobre la crisis que barruntábamos, sobre el sistema en que creemos, sobre el consumo en nuestro mercado, sobre el habitante del mundo rico, sobre el trabajo de quien trabaje (y quien no trabaje), sobre el ciudadano del nuevo mundo, sobre la vida vivida en masa, sobre el hambre del mundo pobre, sobre la inveterada Europa y su destino, sobre el final de los tiempos o de la historia. Segui-

ré la *agenda* del pensamiento en los medios públicos y en el palique diario, pues si no quieres caldo, tres tazas llenas.

Los ríos andan revueltos siempre ya que, si así no fuese, sin tema grave del que platicar, feneceríamos de aburrimiento. Mas ¿quién charla de revolución hoy día sino en nupcias con adjetivos tranquilizantes para dar matrimonios encantadores como *revolución gastronómica* o *revolución futbolística* o *revolución informática*? Ciertamente, por ahí se exhiben cartelillos con ansias de transformar el mundo, y a veces pintadas con que el mentecato nocturno estropea una fachada, y algunos disturbios —para romper la rutina— por causas que el antañón no entiende; mas el viejo orden transcurre campante, sin asomo de amenaza que lo perturbe. ¿Acaso la historia ha extraviado su genio para sorprendernos sacando un conejo inverosímil de su chistera, raída por tanto ajeteo de personas, acciones y acontecimientos?

—Contra lo que estimas, amigo Vicente, nos ha tocado vivir tiempos fáciles.

Cuanto acontece es un embrollo de coyunturas que simplemente suceden, como lo que sucederá en el mundo cuando dejemos de suceder nosotros y los demás mortales. En cada instante brincan sobre el tablero innumerables dados de innumerables caras que, al combinar sus efectos, van urdiendo la maraña del tiempo y de la historia. Por ello, como no hay lógica que guíe tales pasos, podemos fingir una mano fantástica que los encauza por senderos inexistentes. Así, en este libro montaremos un guiñol donde aparezca alguno de los hechos más resonantes, y la pícara pluma manejará los hilos con un guión imaginario para tejer el discurso que se irá viendo.

La edad de los sustos pasó, por fortuna; al volver la esquina, ninguna insidia nos acecha como no sea una mala noticia que se olvida pronto, una crisis que empieza y termina,

o el desastre ecológico del que todos hablan —sin creértelo, no me mientas— y que los hombres futuros resolverán, sin duda (y si no lo resuelven, peor para ellos). Mientras tanto, pensemos de algún modo por medio de esta farsa que en las siguientes páginas montaremos para que quien las lea —si lo hubiera o hubiese— pase el rato como quien lee un *best-seller* o una novela histórica, o mira un partido de fútbol o ve esta *tele* que, aun sin ser la mejor de las posibles, no es tan necia después de todo.

Escribir un libro sobre estos asuntos, sabiendo que verá la luz cuando Dios quiera —si es que el sol sale—, implica condenarse a perder el tren que ahora arranca, pues las condiciones habrán cambiado. Mas éste es el objeto de la filosofía, cuya lechuza levanta el vuelo cuando anochece —según la fraseología trillada—, cuando todo ha finiquitado, para pensar lo que no tornará a darse. Así se produce un pensamiento que no resuelve problemas (para ello están los políticos, economistas y técnicos), y sólo sirve para pensar deportivamente porque en algo habrá que pasar el rato.

A los momentos de vagancia se dirige este libro, y a quien tenga tiempo de sobra si es que no está en Babia.

Salamanca, 24 de septiembre de 2009

Capítulo I

CRISIS DE FE

1. La alegre economía

Las cosas no van demasiado bien desde hace un año, o año y pico, o varios años. Con aire de caudillo de nuestra era, bajo los focos que alumbran e inspiran, un oráculo proclama que el capitalismo pide ser reformado, pues a grandes problemas, grandes palabras ya que chicas y grandes salen por el mismo precio. Las soluciones vendrán cuando vengan, porque la economía parece asunto, no de aquella *mano invisible* que Adam Smith postulara, sino de una auténtica providencia divina que no se olvida de nosotros aunque, por impiedad, nosotros sí nos olvidamos de ella.

Sorprende cuántas veces se repite el esquema. Acabada la guerra del 14, las cosas mejorarían forzosamente por lo mal que habían ido hasta entonces, y así vinieron los locos años 20 con una economía sobre ruedas que no paraba de crecer ni pararía nunca, porque el dinero aumenta el dinero con solo moverse, como la fe aumenta la fe cuando todos rezan. Pero, algo más tarde, a algunos banqueros y millonarios yanquis les dio por *quitarse de en medio* —acaso porque la querida de alguno se amancebó con el jardinero o el chófer—, pues había llegado la crisis del 29 y la Gran Depresión, tan citada últimamente sin saber cómo ocurrió aquello, aunque basta saber que ocurrió algo malo.

—Deja de pitorreararte... Si continúas en este plan, mando el libro al vertedero o lo regalo a un vecino que me caiga gordo.

—Vale, rectifico. No te pongas así, hombre.

En verdad, todo fue obra de alegría y de fe fanática a prueba de tentaciones, tirándole del rabo al demonio: la máquina productora estadounidense, además de automóviles para todo quisque, se puso a construir viviendas hasta el exagero creyendo que las ventas no amenguarían nunca, hasta que cayeron y aquélla se detuvo y con ella se detuvieron otras máquinas que danzaban en torno suyo o en salas contiguas. Y la fe, linda fe, principió a tambalearse, lo que acrecentó la crisis que había brotado, y el escepticismo anidó en aquellos creyentes y llegó el castigo. Algunos se cuestionaron la viabilidad del sistema —remozando una costumbre tan filosófica— tanto más teniendo enfrente un país de economía dirigida, el soviético, que al parecer se hallaba indemne de sarampiones e incluso atraía a foráneos estudiosos de planes, y caía bien a los cultos y a los artistas ya que el rojo se estilaba entre muchos cachorros de buena familia de aquel entonces.

Mas pasaron los años porque, aunque parezca mentira, los años pasan para que las cosas mejoren, como suele ocurrir temprano o tarde. Los sacerdotes oficiaron sus rituales y elevaron preces a los dioses; y entre el *New Deal* del demócrata Roosevelt (que, al parecer, no sirvió de tanto, aunque la situación mejorase porque mejora siempre, tarde o temprano) y las *Letras Mefo* alemanas para emprender obras públicas y trazar autopistas donde corriera el Volkswagen (razón por la cual los teutones se enfervorizaron con los nazis), y otras medidas semejantes, se salió de aquel túnel tan tenebroso.

Después llegó el momento de armarse para la 2ª Guerra y entonces sí que todo fue para arriba. El Estado se entrapaba hasta el cuello, pero como la gente profesaba una fe

robusta en el seguro destino del susodicho ente y en que seguiría existiendo para pagar sus deudas e imprimir billetes, aquello echaba a andar, verán ustedes cómo. El Estado encargaba una remesa de tanques a una determinada empresa y pagaba con un dinero recién impreso a cuenta de la fe futura o con el que algunos creyentes le prestaban a cuenta de impuestos futuros (¡tengamos fe en el futuro siempre!); y el obrero de tal negocio compraba con tales estampas productos elaborados en otra fábrica o en el campo, y los que trabajaban en esto último derretían la pecunia en algún otro artículo suministrado por los que trabajaban en algún otro punto. Total, que el dinero —la fe en el Estado— circulaba por cada vez más lugares y cada vez más rápido, llevando su savia a los diversos rincones, lo cual provoca el efecto que el flujo sanguíneo con los masajes. Y, sin saber cómo ni de qué manera, todo el mundo curraba y comía, y gastaba, y dormía a pierna suelta. Vean ustedes cuán gentilmente se supera una crisis. Recobremos la fe en el sistema (y en los bancos para guardar los ahorrillos), y en nosotros para alzar la autoestima.

—Algo de lo que explicas pasa en las economías de guerra y al salir de las depresiones. Mas no ignores que se había superado la crisis años antes de acercarse el conflicto.

—Te he contado una fábula que anduvo en boca de algunos obreros de Norteamérica o Alemania. Eso sí (y esto es sólo un paréntesis), fue en la contienda cuando menos paro hubo, por razones obvias, hasta el punto de que las mujeres debieron incorporarse a las fábricas y, de tanto como aprendieron, el macho apenas las reconocía al volver del frente.

—Bueno, sigue, pero en adelante sé más formalito. ¡Y, a propósito, ahórrate tus aderezos machistas, que no me hacen gracia!

El caso es que, con la Gran Depresión y la recuperación siguiente, los técnicos y mandamases habían descubierto al

culpable y estaban dando en el clavo: los males respondían a la impiedad de haber creído en el mercado con fanatismo, sin poner nada de nuestra parte, sin refrenar la avaricia ni el derroche, sin practicar las virtudes. Así, la fe experimentó una discreta reforma, patrocinada por el Estado a fuer de sumo pontífice que ya no se dedicaría a administrarnos y a meternos en vereda sólo, sino a mecernos la cuna. Como regulador supremo, el Estado interviene en la economía, amén de para cuidarnos, para encauzar la codicia de los obesos, para animar a los rezagados cuando dormitan, para ayudar a quienes se atascan en el bache, para gestionar alguna empresa de interés supremo y controlar los timones del buque patrio. Y aquella fe, como toda fe, fue vigorizándose gracias a los *milagros*, porque la fe se fortalece cuando las cosas salen como Dios manda. La crisis nos cae como azotaina en el pompi tras la barrabasada, para que aprendamos una lección que en aquel tiempo fue la que sigue: hemos de aplicar nuevos métodos, como el del sensato Keynes (que, por cierto, se enriqueció con trapicheos bursátiles), para aminorar el efecto de las nuevas crisis y hasta cortarles el paso.

Claro que, a veces, en el concierto internacional desafina algún instrumento, o al banquete asoma un comensal no invitado. Al encarecerse el petróleo por la perfidia de los productores, y por la ola inflacionaria —todo sea dicho—, al principio de los 70 la fe se echó a temblar con la más dramática crisis que el capitalismo recordaba desde la Gran Crisis. Mas nos pusimos a usar motores de menor consumo y a gastar menos luz mediante el cambio horario y a utilizar energías más inocentes y a dar fuelle a las nucleares; y cierto día los agobios cesaron ya que descendió el consumo de oro negro por cada unidad de Producto Interior Bruto, y los petroleros debieron sacar más género al mercado para

mantener su tren de vida, con lo que los precios bajaron —también por otras circunstancias— hasta un nivel más razonable. Teniendo en cuenta, además, que parte del beneficio por el alto precio del combustible vino a invertirse en los países industriales, la operación se saldó para éstos con un éxito complementario, sin intervenir políticamente y sin invadir territorios ni disparar un tiro (como británicos y franceses habían intentado en Suez años antes). Las aguas volvían a su cauce: los desajustes entre las dos curvas (oferta y demanda) tiran a resolverse porque ambas se cruzarán en un punto de equilibrio, como bien saben los pipiolo de primer curso en la Facultad de Económicas. ¿Ven ustedes cómo el mercado encuentra la solución óptima cuando se lo deja marchar conforme a sus leyes? ¡A ver si aprendéis, mancebos!

Por otra parte, la estrella comunista, honra y prez del intervencionismo, perdía fulgor en aquella época y mostraba sus lamparones. Y, entre unas cosas y otras, la injerencia estatal de cualquier matiz o tono, inconcusa en la práctica hasta entonces, se vio en la picota de los Chicos de Chicago, y nos pusimos a pensar que tal vez debíamos confiar un poquito más en el Sr. Mercado, porque el Gobierno, con su incompetencia, bastante tiene con ordenar sus cajones, con prestar servicios chapuceros o encarecidos por su lerdad mano, y con repartir ayuditas a los ayudados. El sector público había crecido en demasía, cargado de empresas poco rentables por el síndrome del funcionario; y el Estado —conservadores o progresistas, según el turno— se puso a privatizarlas para que algunos comprásemos nuestras primeras acciones, de lo que no nos arrepentimos por un buen periodo.

Las cosas marchaban, por más que de vez en cuando empeorasen, como advertimos los españoles en 1993 tras cele-

brar un Quinto Centenario. Mas la situación mejora siempre y uno olvida en seguida lo aciago, hasta pensar que todo irá bien desde ahora, como al casarte después de un divorcio. Últimamente España empezó a figurar entre los primeros del mundo hasta el extremo de precisar un subido número de operarios para nutrir una economía tan sólida, con un tejido industrial poderoso donde descuella la *industria turística* (¿qué industria será ésa?), con una balanza comercial deficitaria por método, y sobre todo con lo que expondré ahora: con un sector de producción infinita como es la construcción de viviendas, que permite exportar unidades, o consumirlas en nuestro hogar como papas fritas. Había que edificar pisos y casas para una población cuyo aumento no debe estabilizarse, ya que, como ustedes saben, no hay crecimiento del venerado Producto sin crecimiento de la población activa y de la población, por ende; y, además, todos tienen derecho a disfrutar vivienda propia, y algunos a poseer más de una para gozarla, para alquilarla o para invertir su peculio. La fe es siempre fe en el infinito y, ya que somos modernos y materialistas, la gente cree menos en el infinito teológico para creer en otros infinitos.

A mí, que estoy ayuno en la materia, me entraban alferencias al oír las cifras del crecimiento —por encima, siempre, de la media europea—, que atraía a un tropel de inmigrantes al olor de un asado que se olía en todo el mundo. Un país de pobretes hace cincuenta años reclama gente de fuera porque no da abasto con la suya: ¡qué bien marcha esto, chico! Por si poco faltaba, jamás presencié tan ardiente entusiasmo ante los laureles deportivos, que alcanzaron su cenit cuando once castizos lograron nada menos que colar un balón o pelota por una especie de marco más veces que los once de un país extraño (ante tamaña gesta, ¡qué orgullosos de ser españoles pudimos sentirnos!). También la década de los

años 20 vio nacer en el mundo el masivo entusiasmo por dichos triunfos (antes del descalabro), porque si en esto van bien las cosas, van bien en todo.

—¡Otra vez con tu ironía liviana! Quienes no contáis con público que escuche vuestros donaires, cizañeáis ficticiamente en el agro de todos para volverlo baldío en vuestra molondra.

—¿Tan jugosos manaban nuestros veneros? ¿Tanto había aumentado nuestro poder productivo por su liderazgo en innovaciones técnicas o por un tejido variado de empresas, esenciales para la economía del mundo, que radicarán en la Piel de Toro?

—¡Mira con lo que salta este chinche! Somos los primeros en *ingeniería constructiva* [nadie en tan poco tiempo ha construido tanto], en energías renovables [que aportan prometedoras promesas y pulcros adornos], en disciplina bancaria [españoles son algunos de los bancos más fuertes], en turismo [país de bares, hoteles y chiringuitos, de camareros y servidores]...

—Hay primeros para todo, como muestra el *Libro Guinness*. No obstante, creo en España y en los españoles, y en lo sagrado (y en el dinero), para que la fe y el farol que alumbran no se apaguen.

2. Negocio y fanatismo

Cuando las cosas van bien —pero endiabladamente bien— en economía, el espíritu comedido de Keynes (y el sentido común de algunos refranes) aconseja que el Estado rebaje los humos. Que enfríe los sectores recalentados para que la producción no se distancie en exceso de la demanda plausible y para que el volumen de deuda no impida a la

gente seguir endeudándose, pues tales efectos causarían el estancamiento de la producción afectada, lo que ocasionaría desempleo, lo que haría descender el consumo, lo que bajaría la producción más todavía, lo que aumentaría más el paro, y así hasta *tocar fondo* o llegar al suelo, de donde no se pasa cuando uno cae (para que pueda decirse *¡Lo peor ya ha pasado!*). Mas a veces la fe sube hasta el fanatismo con la esperanza de que no se apague la lumbre, o que el bajón no nos toque a nosotros o no ocurra hasta pasadas las elecciones, y no hay dios que intervenga. Como nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurrirá en el futuro tanto si actúas como si no actúas, ¿quién va a cortar la buena racha provocando una crisis pequeña que acaso no evitará la grande que se viene encima? Vivamos al día de hoy, pues quizás no se cumplan los sombríos augurios; no te mortifiques con lo acaecederó, líate la manta a la testa y déjate llevar por el río. Y el barco prosigue eufórico, arrastrado por la corriente cantarina, porque la cascada queda aún muy lejos o quizás no existe.

Miro desde la azotea, en un sexto piso de esta urbe monumental y plácida, y, girando sobre mis talones, diviso esbeltas grúas hacia los cuatro puntos cardinales:

—¡Jesús!, nunca se ha construido tanto, y, aun así, los precios no moderan su subida, lo cual denota que la actividad resulta rentable, lo cual invita a edificar más todavía, pues hay demanda para rato ya que unos ansían tener vivienda propia y otros invertir sus monises para que críen.

—Compra cuanto antes, antes de que suban.

Crean que subirán, y suben, pues la fe mueve montañas. Y ya que subirán los precios de día en día y la ganancia vendrá segura, yo, que soy un albañilucho y aspiro a subir de *status*, o un mercachifle de medio pelo a quien sonrío el negocio, o un simple espabilado, me meto a promotor de

viviendas como tantos otros compatriotas míos. La hormigonera escupe a mansalva y hay más trabajo para la gente, y la riqueza aumenta, y más gente decidirá endeudarse, y la hormigonera sigue escupiendo, y así en un progreso *ad infinitum*.

—Déjate de infinitos y burlas sosas. Nuestra economía goza de vigor espléndido y su dinamismo nace de una base firme —me advierte un político o empresario o banquero o español pelado.

Entre los billetes de quinientos que, de procedencia enigmática, copaban aquí la mitad de la Unión Europea, y el afán inversor de los españoles, que se dirigía a la arquitectura práctica y a sus adyacentes sobre una curva que apuntaba al cielo, la economía de esta nación volaba y volaba como un cohete a la Luna. Antiguos pardillos de la burbuja bursátil de los 90, tras los descalabros de la afición sobredicha y el firme propósito de ni oler el queso, veíamos a nuestros congéneres soñar con algo tan sólido como el cemento y ladrillo, que no ha bajado nunca, ni bajará por tanto (aplicando un razonamiento inductivo). La curva no decaerá de súbito, sino poco a poco para que te formes la idea y pongas pies en polvorosa en el momento oportuno y no quedes ahorcado.

—¡Qué barbaridad, Dios mío! Algún día se paralizará esto, porque de coche o zapatos se cambia con frecuencia relativa, mas la vivienda dura para varias generaciones (pese a la pobreza de los materiales y las chapuzas constructivas) —responde el taxista cuando le toco el asunto para romper el hielo y no ir ambos con el pico cerrado en el trayecto a la estación de trenes.

—Cuando la construcción se frene (y se frenará algún día), quedará un desmedido montón de gente en paro y se iniciará una caída en las rentas y beneficios, y en el poder

de consumo y en el pago de las deudas, y en el Producto Interior Bruto, y habrá paro en los demás sectores y más paro todavía —opina un trajeado caballero que junto a mí viaja en el vagón de primera un par de horas más tarde.

—Bueno, la mano de obra sobrante (si así ocurriera), pasará a la industria tras formación adecuada, pues urgen numerosos trabajadores cualificados para que el sector progrese —responde el sentado a mi izquierda, que está leyendo un periódico progresista.

—¿Con tanta industria contamos, señores míos? —tercia una mujer guapa y de estilo, que hojea una revista sobre famosos, con las orejas en forma de embudo.

Y el tren prosigue su marcha sabiendo adónde nos lleva porque así lo marca el billete adquirido y el letrero de las puertas de subida. No esperamos ningún accidente. Si no fuera por la fe al uso, nadie viajaría, y no habría trenes ni automóviles; vamos, que ni siquiera iríamos en burro.

Ocurría simplemente que, con la pasión inmobiliaria —y con la derivada y adjunta—, casi todos vivíamos contentos, y muy pocos disgustados, salvo el ecologista quejoso por los desmanes contra el medio:

Los constructores, promotores y truchimanes —una verdadera plaga— acaudalaban beneficios, contándose entre los empresarios más venturosos de este país, y algunos, del mundo. ¿Cómo despreciar la ganancia que tan airosa llega a tu cuenta, como la paloma (de la habanera) a tu ventana? “Corazón codicioso no encuentra reposo”, dice el refranescado adagio (y no reposaba nadie).

Ítem, los bancos enloquecieron prestando al negociante que se enriquecía y al pobre diablo que, con una nómina miserable y con un probable paro ante sus narices, salía exultante con una hipoteca para cuarenta años que habría de pagarse con auxilio de la providencia divina. Al fin los banqueros se humanizaban arrimando el crédito al bolsillo

vacuo y a los pelones, en un carrusel financiero tan popular como invulnerable. Y competían entre sí por atraer a incautos, mientras los intereses volaban a un palmo del suelo por lo pingüe que el negocio salía con tal torrente de préstamos.

Ítem más, las industrias auxiliares y los transportes no cesaban en sus servicios, y los comercios vendían de todo —y muchos coches— ya que si algo va bien, va bien todo.

Ítem más, los ayuntamientos (excelentísimos) saneaban sus presupuestos con las calificaciones, recalificaciones y permisos, y con las comisiones, de las que mejor no hablar por si acaso.

Ítem más, el Estado recaudaba más tributos y podía pensar un poco en la gente repartiéndole regalillos y algunas propinas para que, agradecida, votara al donante. Y la SS daba de alta un sinnúmero de afiliaciones y, con tantas cuotas, rebosaba de ingresos porque nunca en España hubo tanta gente en el tajo, lo cual era bueno para asegurar las pensiones.

Ítem más, el Producto Interior Bruto no cesaba en su aumento, por encima de la media europea, superando a algunos países y en trance de alcanzar a algún otro, para exhibición del Gobierno al saludar hacia los tendidos montera en mano.

Ítem más, por si poco faltaba, el deporte nacional ceñía coronas que en mucho tiempo soñábamos, lo cual recordaba su éxito en la ínclita Olimpiada de Barcelona, en vísperas de la última crisis, de la que nadie se acordaba. Algunos políticos —no importa cuáles—, abierto en canal el pájaro, vieron en sus vísceras un signo de la nueva España, y nadie gritoles: “¡Qué memos!”.

Analizados los antecedentes, escuchados los testigos, sopesadas las pruebas forenses, discutidos los puntos de vista y las alegaciones, este tribunal.

SENTENCIA:

Que todos son inocentes, por las razones que siguen: ¿quién, de un sueño tan apacible, podía querer despertarse?, ¿quién iba a encender una hoguera efectiva para evitar un incendio probable?, ¿cómo iniciar un descenso para cortar una crisis que quizás se acercaba solo en la mente del derrotista?

Pues un paso así sugerían los arquitectos de la Villa y Corte —noticia insignificante en algún rincón periodístico— al proponer una medida políticamente odiosa, aunque al fin y al cabo medida, para enfriar la fiebre por la cuenta que les traía: retirar la ventajas fiscales a los compradores de su vivienda prima —para aflojar la corriente del río—, construir algo menos en el día presente dejando algo para el *post diem*. Mas el Gobierno no podía atenderlos por lo impopular de la salida y, sobre todo, porque cuando el negocio marcha floreciente, ¡ni lo toques, que lo estropeas!

Más cautos en navegaciones, los keynesianos (de capa caída) habríamos elevado los intereses desde hacía tiempo para restringir el crédito irresponsable y mitigar el atroz consumo (anticipado por deudas) y el ritmo frenético de algunos segmentos; pero en Europa, y otros sitios, la olla hervía asaz risueña como para enfriarle el brío. Habríamos alzado poco a poco los impuestos para aburrir a acaparadores, aventureros y candorosos, y abarrotar, de camino, las arcas públicas con un superávit gigante pensando en vacas flacas futuras; pero eso era fastidiar a los ahorrativos y zancadillear a los emprendedores que crean riqueza y empleo y sostienen esta sociedad tan próspera. Pues bueno, en España podía haberse enfriado la construcción por la escasez de mano de obra nativa, para lo cual bastaba una inspección despiadada que vedase el trabajar sin contrato (no me acuséis, beatas, de lo que no soy); pero, aparte de elevar precios

y salarios, la medida marginaba a los inmigrantes que cada día entraban buscando un futuro digno —según decían los porteros—, sin los que la economía no hubiera crecido tanto. Ahora bien, por encima, por encima de todo, había un motivo transcendental del que nadie hablaba y del que hablaré más tarde con razones desperdigadas, omitiendo parte de la verdad para no ofender a vuestras mercedes.

Siempre ocurre lo mismo. En algún momento la ola cesa de bajar porque no puede seguir bajando, y a continuación principia a subir —pues si no subiera, no bajaría más tarde— hasta coronarse con cresta, y otra vez para abajo. Así funciona el cosmos con la *traslación* solar en el firmamento, con las estaciones del año, con las caras lunares, con las mareas sobre la playa, y con la economía, por lo que se habla de ciclos económicos —¡naturales!— y algunos se han propuesto medir cuánto duran. Ahora bien, en cualquier caso, cuando estás en la cúspide, no piensas en la caída.

—Recordad lo acaecido en España (por vez tercera lo refiero) tras el centenario del descubrimiento de América y la magnífica Olimpiada de Barcelona, que nos consagró potencia atlética porque ya lo éramos en economía; recordad lo acontecido en Suecia o en México por el prurito hipotecario en los mismos años; recordad lo ocurrido en Japón al reventar la burbuja inmobiliaria y bursátil de los 80; recordad la crisis del 29, motivada por el frenesí en todos los sectores y especialmente en el automóvil y en la vivienda... En fin, para no agobiaros, recordad la demencia de los tulipanes de Holanda en 1630, cuando un solo bulbo llegó a cotizarse como veinte toneladas de trigo. Lo que haya de más hoy, mañana lo habrá de menos.

—No seas aguafiestas. Los fenómenos no transcurren igual que antes [lo cual es cierto desde que el mundo es mundo]: contamos con resortes técnicos para arreglar los

trastornos, y en la economía global las crisis locales se amortiguan con el sistema, que, por más complejo y dilatado, resulta más esponjoso para absorber los golpes.

—Lánzate de aquí al vacío y tus ángeles te engancharán para que no te estrelles —propuso el Diablo a Cristo en una de las tentaciones.

—¡Hombre de escasa fe, no sigas desvariando, que aburriste el huevo en la Facultad de Económicas tras varios años limpiando bancas!

3. fffffff... ¡Plaf!

Me vi comprando y vendiendo en bolsa al comienzo de los 90, cuando el Estado privatizaba empresas rentables para obtener dinero fresco y enjugar su déficit:

—Me *cachis*... De haber comprado ayer un paquetito, me habría embolsado una plusvalía pingüe y jugosa.

—No te irrites, muchachito. Compra mañana y ganarás al día siguiente, o el mismo día si lo pasas con la nariz pegada a los gráficos, pues subirán las curvas.

Y subían...

Durante aquellos años me convertí en avisado inversor que compraba y vendía minúsculos trozos de empresas sin saber dónde estaban, quiénes eran ni qué producían. Y, como yo, muchísimos: los depósitos son para los catetos, la deuda pública para los gallinas, el campo para quien lo trabaja, la vivienda para su habitante o para el casero sabandija. Por fin las finanzas se habían democratizado y a las juntas de accionistas podía asistir un pinchaúvas con un voto parejo a la diezmilésima parte del de algún ricacho.

—Esto no puede seguir siempre, deberá detenerse algún día.